

DIRECTOR:
Em. MONTOYA-GAVIRIA

CYRANO

APARECE
—LOS DOMINGOS—

REVISTA SEMANAL

Serie II

Medellín, Octubre 2 de 1921

Número 5

DE EFE GOMEZ

DE UN DRAMA EN AMENAZA

ESCENA OCTAVA

Eulalia.—Luégo, Doña Juana, Corina y Leonardo.

Eulalia.—(Entrando. A Doña Juana y a Corina invisibles. Mirando al río). Ya llega. (Con alegría señalando al río). Miren Uds. ya llega. (Escondiéndose). No me ha visto. (Entra por el fondo la proa de una canoa, y en ella, en pie, Leonardo. 25 años. Muy buena figura).

Eulalia.—(De su escondite). Vamos a ver. (Se agacha y coge unas piedritas). Si torna a mirarme, cuando yo haya contado cinco, es que si me quiere de veras. (Contando). Una... dos... tres... Nada! No voltear...cua...tro... (Levanta la piedrecita en actitud de arrojarla). Cin... (Le arroja la piedrecita)... co. (Leonardo, tocando por la piedra, mira en dirección a ella). ¡Me quiere! (Con gozos y risas y agitando las manos). ¡Me quiere! (Leonardo, alborozado, va a ella e intenta abrazarla). Aquí? (Regañándole coqueta). ¡Calaver! ¡Eso sí no! Aquí no! (Con mimo y cogiéndole las manos que Leonardo le abandona). Eso es, así, bien querido y con harto fundamento.

Leonardo.—(Arrobado). Qué hermosa estás!

Eulalia.—¡Eso sí nó! No, nada de lisonjas, no seas tan perezoso ni tan adúlón. (Afectando enojo). Será por contenta que me tienes. Vean al señor, como hace sus calaveradas sin contar con una. Cuando escriba sus cartas, avise. (Ríen).

Leonardo.—Qué hubo de veras? Cuéntame.

Eulalia.—¡Si vieras! Esta mañana cuando entraba del baño me hizo llamar mamá. La encontré muy grave ante su escritorio, con una carta abierta entre las manos. Lea esta carta, Eulalia, me dijo alargándomela. Era tu carta. Yo me moría de la risa al verla así tan solemne. Cuando la hube leído, me quedé callada, los ojos bajos, con una risa y con una alegría locas, que me retozaban por allá por dentro. ¡Más suave! Conque qué dice Ud.?

¿Qué le contesto a ese caballero? Tuve una inspiración: corro a mi cuarto, abro la secreta de mi cómoda, saco el cofre con tus cartas, con tus versos, con tus postales, con tus ramos, con tus locuras todas y se lo vuelco a mamá sobre la mesa. ¡Si hubieras visto! Miraba ella todo eso y me miraba a mí. No sabía la pobre si reír o si enojarse. Abrió, luégo muy grave, su escritorio; extrajo de él un cajón que yo no conocía y lo volcó a su vez sobre la mesa: eran las cartas, eran los versos, eran los ramilletes de papá cuando eran novios. Toda la mañana la hemos pasado riendo; riendo y llorando al mismo tiempo; leyendo y comentando todo aquello... y de golpe, a un descuido de ella, ¡trán! Meto en mi cofre todo eso así revuelto y corro a esconderlo.

Leonardo.—De suerte que ya puede Pepe escribir pidiendo tu mano, cuantas cartas quiera. Yo ya soy de la casa, de los tuyos: allá me tenéis al lado de papá.

Eulalia.—¡Ah, ya caigo, conque ese afán tuyo en escribir era que temías. que Pepe te cogiera la delantera! tan bobo!

Leonardo.—¡Claro que sí!

Eulalia.—¡Para lo que se había suplido!... Yo que tenía qué preguntarte una cosa. Qué era? Ah, sí! Díme: las muchachas de allá, de Medellín, pues, de allá donde Pepe está estudiando, son muy bonitas?, mucho?

Leonardo.—¡No tánto como tú!

Eulalia.—¡No seas... no seas tan lisonjero ni tan perezoso. Responde lo que te pregunto.

Leonardo.—¡Sí, hay mujeres bellísimas! Pero por qué me preguntas eso?

Eulalia.—Porque Pepe debería conseguir allá novia, y no venir aquí a enbromarnos.

Leonardo.—¡No es tan fácil! Ellas tienen allá con quién casarse; les dan más por eso.

Eulalia.—Sabes que ya me choca ese muchudo?

Leonardo.—Y allí estarías pelando la pa con él, si la suerte no me trae a conocerte

Eulalia.—¡Con las que sale! Como el corazón engaña.

Leonardo.—Y porqué dices eso?

Eulalia.—Eh, vea como le gusta que le alegren el oído! No te lo he contado tantas veces?

Leonardo.—¿A mí?

Eulalia.—Sí, señor; a tí. No te hagas de las nuevas. Muchas veces te he contado que yo vivía soñando que..... ¡pues lo mismo que ha pasado, hombre! que un forastero muy buen mozo, mucho y muy querido, tú, pues, Leonardo, se aparecía al pueblo, se enamoraba de mí, y.....

Leonardo.—¿Y qué más?

Eulalia.—¿Qué más quieres? (Ríen). Y mira si es cierto que el corazón no engaña, aun cuando tú te rías. El día que viniste, yo lo sabía sin haberte visto. Desperté esa mañana yo vivía alegre; todo el día me lo pasé cantando; por la tarde me encachaqué bien y me puse al balcón a esperar... a esperar. De golpe apareciste tú, el que esperaba, el que estaba segura que había de venir.

Leonardo.—¡Y esa tarde no te ví!

Eulalia.—¡Muerta estaba de ganas de que me vieras. Y sin embargo me entré, así, un poquito, cuando pasabas... ¡me dió un susto!

Corina.—(Invisible, declamando). El fuego de mi pecho parece en su agonía—La llama solitaria que sale de un volcán—Junto a la luz que arroja, ninguna antorcha brilla.—Es una moribunda hoguera funeral. (Suspira. Por Leonardo y Eulalia). ¡Valientes los enamorados tan simples! ¡engan niños, vengán verán qué puesta de sol tan primorosa. ¡Soñada!

Eulalia.—(A Leonardo, por Corina). ¿No sabes? Está enamorada de Pepe.

Leonardo.—¿Quién, Corina? De veras?

Eulalia.—Pues... a mí nadie me lo ha dicho. Pero esta mañana lo ví en la calle y entró a casa trozada, hablando de almas gemelas, de descargas eléctricas, de...

Leonardo.—¡Mal síntoma!

ESCENA NOVENA.

Dichos, Corina.

Corina.—(Declamando). Gracias, gracias mancebo generoso—De iluminada frente y pecho audaz... Buenas tardes, Leonardo? Pero cómo se están ahí, como unos bobos y no vienen a ver esta puesta de sol?

ESCENA DECIMA.

Dichos, Pepe, Garro.

Leonardo.—(A Corina, por Pepe que entra. Viste con elegancia nimia. Actitudes de dandy biche) Y usted, Corina, por mirar al sol que se pone, deja de ver el sol que nace. (Corina se vuelve a Pepe y se queda en éxtasis mudo).¹

Garro.—¡Ah niño Pepe pa cuadro! ¡Ai síai crem, pues! (Por Eulalia) ¡Míre qué rancho de mujer, niño Pepe, por las ánimas benditas! ¡Yo me hacía matar! ¡Déjesele ir, si es que no quiere morir chorriando lágrimas de este porte, como el caballo de Na Teresona. ¿No le da pena que Don Leonardo sea más dentro-dor que un cachaco como Ud.?

Pepe.—(Llegándose al grupo de Eulalia, Leonardo y Corina). Señores (a Eulalia, inclinándose profundamente). A los pies de Ud., Eulalia. Muy feliz Ud... Muy contenta...

Eulalia.—Muchísimo, Pepe.

Corina.—No le crea Ud., joven. ¡Qué le parece! ¡Puede estar contenta una joven cultivada con esta vida tan aldeana, tan monótona?... (Pepe trata de ir a Eulalia, Corina interpone, y Eulalia pasa a la derecha; Pepe trata de ir de nuevo a ella, torna a interponerse Corina y Eulalia pasa a la izquierda, en donde Leonardo se le une. Cruzan juntos la escena hacia la derecha).

Eulalia.—(A Leonardo, riendo, por Corina) ¿No te lo decía? (Pepe se queda parado, mirándolos alejarse).

Corina.—(A Pepe). ¡Qué le parece! Conozco yo más la vida! Ud. acostumbrado a otras sociedades, a salones elegantes, a mujeres espirituales. (Pepe intenta seguir a Eulalia y a Leonardo, Corina le cierra de nuevo el paso). No disimule Ud... ¡Ah, Ud. será muy fino, mucho; pero a mí no me engaña... Personas como Ud. no pueden querer a las puebleñas (suspira). Algún amor imposible. Alguna pasión de esas que cuentan los libros. [Pepe hace un gesto de resignación y se dispone a seguir escuchándola] Y las mujeres que nos dejamos engañar. [Suspira]. ¡Ah!, mientras Ud. talvez por divertirse finge un amor que no siente, una pobre boba, aquí en este pueblecito, no piensa sino en Ud.

Pepe.—[Con interés] ¿Qué me cuenta Ud. señorita?

Corina.—En Ud., nada más; pero como las mujeres no pueden manifestarse, como les está prohibido por la sociedad mostrar el corazón,

Pepe.—¡A ver, a ver!

Corina.—Como nosotros no podemos ir a un hombre y decirle; yo lo... [Se acercan de nuevo Eulalia y Leonardo. Pepe los mira acercarse con interés]

Eulalia. [A Leonardo]. Allá lo tiene cogido.

Leonardo.—Ya no lo suelta. Se le agarró con sus treinta y tantas nochebuenas. [Se dirigen a Pepe y a Corina].

Pepe.—[A Corina y en alta voz, para ser oído de Eulalia]. Pues ha de saber esa mujer que yo la adoro.

Eulalia.—(A Leonardo). Escúchala, que la adoia.

Pepe.—...que tal vez seré culpable por haberme mostrado demasiado tímido....

Leonardo.—(A Eulalia). Esa declaración... a tí va dirigida.

Pepe.—..... pero que nó me culpe.

Eulalia.—(Llegándose a Pepe y a Corina). ¿Como que han pegado Uds. muy bien?

Pepe.—Su prima de Ud. es muy injusta, mucho.

Eulalia.—De veras?

Pepe.—Ha dado en acusarme de que yo dejé novia en Medellín.

Eulalia.—Pues yo también lo creo.

Pepe.—Ud. también? ¡Cuán cierto es que el destino de algunos seres es no ser comprendidos. Pues sepa Ud., Eulalia,—es necesario que lo sepa Ud.—que si muchas veces nosotros los intelectuales, la bohemia, «ebrios todos de un vino fúlgido, que nó beben los bárbaros»... callamos nuestro amor....

Corina.—(Que se habrá apartado un poco emocionada, con lo que Pepe dice y cree dirigido a ella, mientras juega inclinada para disimular su turbación con unas cintas del traje). ¡Qué cosa más hermosa! Se declara a otra, para que yo lo entienda.

Pepe.—.....si guardamos nuestros afectos en lo más hondo del alma.....

Corina.—¡Divino! Exactamente lo mismo que el vizconde de Casaseca, en la historia de Elsa y de Filinto.

Pepe.—... si permitimos que por el momento nos suplanten las medianías...

Corina.—¡El talento sí que es una cosa grande!

Pepe.—(Con-intención y aludiendo claramente a Leonardo).....si nos dejamos eclipsar por la peonada (Leonardo tose con sorna).....por los que tienen tres cuartillos; si somos pobres.....

Leonardo.—(Interrumpiendo con aplomo). De espíritu.....

Pepe.—.....Al cabo nos erguimos: el bardo decadente— El bardo mártir que suscita mofas—Levantará la frente—Alto nido de férvidas estrofas.

Leonardo.—Por supuesto; si Uds. al fin triunfan. Clarísimo! Sobre todo aquí en Antioquia en donde todos somos unos decadentes, unos refinados, unos señores de Ptoacas. ¡Mire Ud. cuántos! (Señalando a unos negros que empiezan a entrar por el fondo). Vea Ud.

al negro Quintín que se traga sin respirar una botella de aguardiente....decadente puro. Bruno, que ahorca un muleto serrero entre las piernas.....Charol, el Buzo, que se está noventa y tantos segundos zambullido.....la vieja Chana, que se atraviesa el Cauca nadando con los remos inferiores solamente.... ! todos, todos esos que Ud. ve ahí, son decadentes, productos de decadencia, de asenia, de refinamiento: vea Ud. cómo se pasean a la luz dorada de la tarde «con el azul cuaderno bajo el ala».

Corina.—(Mirando una sonrisa compasiva). Déjese de eso, Leonardo. Ud. de poesía nada entiende.

Pepe.—Déjelo! Déjelo Ud., señorita

Leonardo.—Cree Ud. que el Bizco Garro que fue, de muchacho, embolador en Medellín; que anduvo luego vestido de turco, vendiendo reliquias de Tierra Santa en el Peñol y en Marinilla; que fue sacristán en Cali y contrabandista en Zaragoza y muchas otras cosas más; cree Ud. que no es también un producto de decadencia, que no ha sentido las «voluptuosidades que acendran el abstenerse?»

Gairo.—¿Qué está Ud. ai diciendo del Bizco, don Leonardo?

Leonardo.—Decía que tú eres poeta decadente.

Garro.—¡Y de los finos! Yo le embolaba en Medellín todas las tardes para ir a ver la novia, a un niño que tenía la melena así como don Pepe, y aprendí muchas paradas en esa nota, pa que sepa sus cosas. Ahora verá. (Sale)

ESCENA ONCEAVA

Los mismos, menos Garro.

Pepe.—Siempre el vulgo escarneciendo lo que no comprende. Pero sus burlas no llegan hasta mí.

Corina.—Hay plumajes que cruzan el pantano—y no se manchan. (A Pepe, con énfasis). Tu plumaje es de esos.

Pepe.—Como Jaramillo Córdoba, desprecio el fango que me salpica y no me rebajo a discutir con él.

Corina.—A los poetas debe de quedarles el orgullo de que nosotras las mujeres, que tenemos corazón, los comprendemos y los amamos. «Dichosos, dichosísimos poetas».

Pepe.—(Por lo último que ha dicho Corina, inclinándose a Eulalia y como en confidencia). ¿Verdad Eulalia?

Eulalia.—(En el mismo tono que Pepe). Verdad qué?

Pepe.—(Disimulando). Que Ud. es encantadora.

Eulalia.—(Riendo). Es que Ud. es muy

artista, Pepe.

ESCENA DOCEAVA

Los mismos, Garro, Músicos, Negros. (Entran músicos punteando sus instrumentos. Con ellos, Garro, negros y negras. El músico de la guitarra, un artesano de Medellín, y que hace de director de orquesta, ladeara con afección la cabeza, mientras toca sobre el cuello del instrumento, como aplicando el oído y grita a sus acompañantes).

El músico de la guitarra.—¡Oído! (Se queda otro momento en silencio, inclinado siempre y tocando. Torna a levantar la cabeza y grita): ¡Dó mayor!

Garro.—(Entra trayendo una negra del brazo. Llegándose al de la guitarra le dice dándole en el hombro unas palmaditas). A ver, paisano: una canción para la señorita. Pero von esas de harto cogollo.

El músico.—(Pronunciando mucho las erres). Cómo la quiere paisano? Quiere un despecho? O quiere una canción de amor? O la quiere de ópera? O de zarzuela?

Garro.—De amor.

El músico.—Voy a cantarle Rayo de Luna, una canción muy de moda en Medellín, entre las señoritas y los cachacos. (Canta): «Te adoraré mi bien,.....etc.

Garro.—Gracias, el amigo. (A su dama). «Rayo de luna», una canción muy de moda en Medellín.

La negra.—¡Muy linda, Ave María!

Garro.—Que se la dedico yo [Se toca el pecho] a Ud.

La negra.—Favor que Ud. me dispensa, caballero.

Garro.—Porque yo la amo a Ud. mi casta

virgencita.

La negra.—¡Ah busté pa ser, no?

Garro.—Yo soy su bardo decadente, de barba florecida.

La negra.—¡Tan chocante!

Garro.—Auémica sub ime, neurótica vibrante y soñadora.

La negra.—¡Dá! Dáme paciencia, Señor! Cogé fundamento, Ole!

Garro.—Mi princesita rubia,

La negra.—Está por burlarse? Vaya juegue con tierra, el só... (Alza la mano para dar a Garro. Este se la coge con cariño)

Garro.—¡Calma, paloma! Si así es como enamoran ahora los cachacos en Medellín. [A Pepe] ¡Cierito, Don Pepe?

Leonardo.—Le habla el Bizco, Pepe.

Un negro.—¡Bizco fregao!

Otro negro.—¡Hastai chuchas...!

Garro.—Así enamoran algunos. Pero es mejor enamorar a plata. A ese niño que les dije lo tumbó un cochero que tenía billetes. En Medellín ya nadie enamora sino a plata.

Leonardo.—Pero en el caso presente no hay ese peligro. Porque Corina,.... Imposible que por dinero....

Corina.—¡Yo!... ¡Qué poco me conocen! Yo lo amo a Ud. joven, [se dirige a Pepe], por lo mismo, porque es poeta [Pepe da un salto atrás, Corina avanza otro a él]... porque no es rico. [Pepe sigue retrocediendo, Corina avanzando]... porque sufre; porque los demás no lo comprenden; porque... [La música rompe con la marsellesa y los músicos salen hacia la izquierda a echar un trago. Eulalia, Leonardo, Corina, Doña Josefa y Pepe, en desorden por la derecha].

DE CUERPO ENTERO

Voy viviendo de prisa esta lenta existencia sin que nada preocupe mi ctimera atención; ignoro los problemas sociales. De la ciencia sólo sé con acierto que una y una son dos.

Desconfío de todo y no me apego a nada pues sé que todo es una farsa convencional. Siempre inconforme avanzo mi tardía jornada y siempre voy conforme con mi inconformidad.

En nada me detengo. Soy romero inconstante que vivo la delicia o el dolor del instante y que me da lo mismo gozar que padecer....

No me emociona nunca un capricho dos veces: me gustan en la vida sólo las pequeñas que un momento me atraen y me cansan después.

AUGUSTO DUQUE BERNAL

PERFIL ROMANTICO

Para CYRANO

Si—dijo Luis de Obaldía, cuando tras los lujosos cristales del bar, pasó, bella, embrujada en sus pieles, inquietante y evocadora la figura perfecta de Amalia Falqués—Hay mujeres en la vida que dejan, tras el tiempo, las vicisitudes y hasta las canas seniles, una honda huella que tiene de cicatriz mal cerrada, de choche brutal, de escondido y torturante resquemor. Pasa lo que a los amputados en las clínicas, que por fenómenos nerviosos, años después de mutilados sienten la presencia del miembro que un día fué despojo sangriento sobre la mesa desnuda. Así, de las mujeres que dejaron en la vida el ramillete de sus risas o el pañuelo enlutado de sus lágrimas, sentimos en los momentos de silencio, como la remembranza calina de su aliento, el eco cristalino de su decir o la apagada caricia de su manos. Golpe de un aletazo que se perdió cielo adelante, caricia de una ola que huyó tras una playa.

En la vulgaridad cosmopolita del bar, pleno de bebedores, de músicas ramplonas, de licores malignos, la figura de Obaldía varonil y tocada de un no se qué soñador y extraño, descollaba, recortada y escueta. Delgado, enérgico el perfil, echado atrás el cabello matizado de vejez prematura, duros los ojos, traía a la memoria tiempos viejos y evocaba figuras de comandadores, de castellanos infanzones, de conquistadores aventureros, meliorizados y empedregados bajo la uniforme y opaca vestidura moderna.

—Y qué? Tan honda huella dejó en tí la aventura amorosa con Irene Aguilar esa coqueta vulgar que envidiosos y engrandeces, quizá por empedregarse menos tu capricho funesto? Eres un loco, Luis, y un romántico.

—Cállate Juan. Sabes a ciencia cierta la historia esa.

—Bah! No mucho. Lo que por ahí se decía de tu empeño.

—Ya veo. Te has informado siempre en el mentidero, en la tertulia dominical o en el costurero de moda, bajos fondos donde se aglomera lujosamente toda la malignidad ciudadana, la envidia de los muchos ensañada cobardemente en la independencia de los pocos. Oyeme y sabrás si esa mujer que pudo hacer de mí un suicida y me tornó inconscientemente en un melancólico, sembró un día en mí vida gérmenes de tristeza.

Pobre, y alentando apenas en mí esta in-

ventiva que me ha tornado acomodado y ha traído riqueza a mi existir tan tardíamente como la lluvia fresca al árbol que cayó, trabajaba con el Señor Arzayuz esposo de Irene, un pobre hombre imbuido en sus negocios, incapaz de todo esfuerzo fuera de su radio de acción y desconocedor de la mujer que el dinero había puesto a su lado con la inconsciencia casual de un premio de lotería. Perezoso e impedido, mi jefe trabajaba en su casa y yo servía de secretario en su despacho. Irene acudía allí a todas horas, ya en solicitud de dinero, ya en busca del correo o de la última revista de moda, ya pidiendo aquiescencia para cualquiera de sus empresas que, caritativas o mundanas, revelaban en ella una inquietud constante de desequilibrada o de versátil.

Al principio ni reparaba en mí. Fuí para ella un mueble más y pasaba a mi lado orgullosa y serena entre el lujo esquivo de sus toilettes parisinas. Que era bella nadie puede negarlo. Fina, delgada con una delgadez que era sutilmente mórbida, elástica y contraída, daba la impresión continua del asecho. Sus ojos claros, vagos e indefinidos, decían del oriente de dos piedras extrañas entre el engaste de ébano de las hondas ojeras. Y aquel prestigio nuevo y enigmático que inundaba a todo lo que vestía. Carne rosa la suya, milagrosa para la seda que la cubría y se utilizaba al velarla, mármoles los de su cuerpo que aferraban a sus curvas y hacían estatuarios los terciopelos púrpuras, los rasos leves, y los damascos señoriales.

Me enloqueció desde el minuto en que mis ojos la vieron una tarde cruzar la puerta del despacho. Y me desprecio desde ese instante. Primero, porque consciente o descuidada, jamás llegaba a saludarme y después, cuando se dió cuenta de su poderío, porque abusaba de mi sumisión y se burlaba de mi locura.

Un día el señor ojaba papeles en un rincón y yo miraba a Irene fijo y como abstraído.

—Pedro—dijo muy alto para que me diese cuenta—Tu secretario tiene ojos de miope.

Deseos tuve de decir que era cierto. Quizá así hubiera comprendido que necesitaba mirarla de cerca.

Porque se había vuelto una exigencia en mi vida y ataba mis deseos rendidos y suplicantes a su paso. Expiaba sus llegadas inde-

ciso en mi trabajo y hasta mi pobre casa llevaba mi desasosiego y mi nostalgia. La pobrecita de mi madre no sabía a que atribuir esa seriedad inaudita en mi carácter franco, que de todo reía y miraba claro el camino vida abajo. Que qué tenía? Nada; Irene me había dicho dos veces cuatro frases amargas. Sólo eso; ni un acercamiento, ni una mirada de igualdad, ni la atención de un elogio. Y no obstante era suyo íntegramente y había algo dentro de mí que contaba segundo a segundo el plazo trágico de su dominio.

Un día llegué tarde al despacho. Mi madre, gastada tiempo hacía, enfermó gravemente y el médico llamado al amanecer auguró pocos días vividos. Fuí a casa de Irene con el pretexto de concluir un trabajo urgente y regresar luego, y en realidad, por verla. Salía ya, obtenida una licencia por tres días, cuando entró ella, deliciosa entre la encajería de su bata de casa.

—Señor de Obaldía. Buenos días. Se marcha Ud?

—Si Señora. Mi madre está enferma y quedo sola. Empero.....

—Gracias. No se moleste Ud. Venía a ofrecerle una entrada para la fiesta de esta noche en el Centro. Vamos Pedro y yo y quisiéramos que Ud. concurriera. Verá Ud., lo de su madre no será nada y podrá acompañarnos. Me han dicho que baila Ud. bien y estoy provechada de verlo. No falte; lo espero segura.

—Señora.....No sé. Haré lo posible.

Y fuí. Si mi madre tenía fiebre, yo tenía ansia y si su vida se iba, la de Irene iba a ser mía. Dejé el cuarto oscuro donde sufría la única mujer que en la vida puede decirnos que nos ha ennoblecido con su sangre y busqué en la locura del baile la nota mezquina de una carcajada. La alegría carnavalesca del Club era un realce más para su figura bellamente pagana. Y entre las inquietudes del fox, trémulo y sugerente, la tuve en mis brazos, real y no sé también porqué, lejana. Una perspectiva de cumbre que avizora tierras que se dominan y sin embargo no se tienen.

Y al cabo se fué. El señor de Obaldía había terminado su trabajo. Envidioso la seguí paso a paso. Iba por entre los curiosos lenta y principesca. Llamaron su atención dos niñas que ofrecían un ramillete de camelias blancas, frágiles y leves en su hechura de porcelana de Sevres.

—Cuánto?

Un dineral, Don Pedro que pasaba miró indiferente y dijo:

—Carísimo.

Volvió se ella, me vió:

—Bellas Luis, no es cierto?

Y siguió.

Mi pan de muchos días, el mendrugo y el calor de mi madre, todo eso dí. Y corrí loco hacia Irene, dejé en sus manos el regalo y en voz baja:

—Nada valen, pero acéptelas Ud.

Quizá un momento, en que latió en su entraña la pasión honda de todo barro femenino. Quién sabe. Luego su risa, el disimulo de su superioridad.

—Muy amable. Diga Ud. a Pedro que las esperaba. Bien sabía que me haría aguardar.

Volví en mí en la calle, azotado por la lluvia fría y el remordimiento justiciero. Y en la noche aterida llegué indigno, a los brazos rígidos de mi viejecita que había muerto con ellos extendidos en una maternal agonía de amores.

—

Cuando Luis de Obaldía acabó, Juan Orrantía sacó un pitillo, lo encendió, golpeó fuerte:

—Dos Whiskeys.

JOSÉ LUIS RESTREPO J.

VUELVE

*Vuélve, solloza doloroso el río;
vuélve, suspira la quietud del puerto;
vuélve, te grita el corazón, vacío
ya de ilusión y por tu ausencia muerto!*

*Vuélve, dice la brisa placentera
que pasa modulando madrigales;
vuélve, suspiran tristes los rosales
cuando torna de nuevo Primavera!*

*Los enfluvios del monte van llorando
tu partida; gimiendo te reclaman
las aves y las fuentes, que te llaman
y están por mi tristeza sollozando!*

*Vuélve, dicen las suaves mariposas
que vuelan sin cesar en los jardines;
vuélve, dicen dolientes los jazmines;
vuélve, dicen muriéndose las rosas!*

*Se ha apagado mi luz. Está desierto
de flores mi jardín. El dolor mío
ha regado de lágrimas un río
por donde va mi corazón ya muerto!*

JOSÉ VELÁSQUEZ PINEDA

LITERARIAS

Los tres vórtices

Hay tumulto de anhelos en el alma, y la sofocan; se arraciman los deseos en el corazón, y lo doblegan; las pasiones se emborrachan de sangre, y clamorean. Mas poco a poco conluyen hacia el vórtice de la carne, como la menuda hojarasca que atrae el remolino de las aguas.

Y en el vórtice de la carne se atraganta la vida, y vomita la muerte.

Hay casitas altiñas sobre el crestón de las sierras, mansas al arrimo del plantío en los valles, familiares y limpias en la paz de las aldeas. Mas poco a poco conluyen hacia el vórtice de la ciudad como la menuda hojarasca que atrae el remolino de las aguas.

Y en el vórtice de la ciudad, se atraganta el progreso, y vomita la barbarie.

Hay en cosmópolis el rebosamiento vital que se impacienta del pie y se precipita en la maquinaria, que se escapa de la calle y vuela por el aire. Mas cae el avión herido por el vacío, y el misterio paraliza la velocidad. Poco a poco conluyen las urbes hacia el vórtice del sepulcro como la menuda hojarasca que atrae el remolino de las aguas.

Y en el vórtice del sepulcro se atraganta la muerte de ataúdes, y vomita las cunas.

Sugestiva equis

Tenía Akimún cierto amigo, a quien amaba con el amor ingenuo y confiado que ennoblece la soledad. Y porque el amigo le era fiel en las vicisitudes de la fortuna y tenía fe en sus facultades artísticas, augurándole siempre días prósperos de éxito, en el porvenir.

Además, el amigo era franco, con esa franqueza ruda, que según dicen, es el sello de la amistad positiva, y así, después de aplaudir los frutos de su ingenio, siempre amonestábalo sobre algunos defectos que nunca lo abandonaban, como importunos diablillos proteiformes...

Pensaba Akimún pintar un cuadro, y

en efecto, a su amigo habló sobre el tema elegido. ¡Oh! creó que obtendría envidiable éxito, si lo pintaras sobre este motivo, respondióle; y lo expuso concluyendo: hazlo.

Akimún comprendió. Desechado el suyo propio, y el motivo de su camarada, fantaseó en el lienzo sus sueños de luz, y lleno de sí, presentando la obra a su amigo díjole: Mira. Estoy feliz.

El amigo sonrió con los ojos y la boca, de manera beatífica, y estrechando entre las suyas las manos de Akimún, ambas a un tiempo, contestóle: ¡Oh Akimún! siempre creí en el vigor de tu ingenio. Pero se me ocurre pensar ahora, que pudieras acometer un trabajo en esta forma, cuya originalidad sería indiscutible. Expuso y concluyó: hazlo.

Akimún lo miró como nunca antes, y pensó: cual tendrá más talento; ¿tú que me insinúas el concepto de mediocridad que te merezco, o yo que desembro tu envidia al través de tus aplausos y consejos?

Quien tiene razón

Cuando era yo un hombre triste, caminaba alborotando, por ver si la alegría despertaba. Canté, reí, dancé. No era más llamante el traje de Arlequín que mi vestido, y las horas se precipitaban tumultuosas en los minutos de mi vida.

El mundo murmuraba: qué feliz eres.

Ahora soy un hombre dichoso; camí, no poco a poco, hablo muy paso, soy presa de un miedo sutil y extraordinario, me parece que se va a romper el frágil encanto de las cosas al menor esfuerzo de mi pensamiento, al más leve choque de mi voluntad.

El mundo dice: qué hombre tan desgraciado.

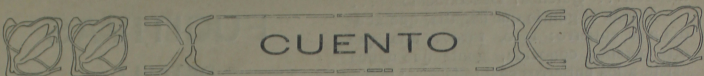
Y yo, misero de mí, no sabría responder al mundo sobre mi felicidad o mi desgracia.

A. ZULUAGA Y GUTIERREZ

D. JOAQUIN LOPERA BERRIO



Autor de «La Cazuela Encantada» que se representó antenoche en el Teatro Bolívar


 CUENTO

ENTERRADO VIVO

Para Elena, mi primogénita.

I

Lo veía todo. Veía a su mujer y a sus dos hijos, sus pequeños, tirados de cualquier manera en la cama de enfrente, inconsolables, sin mirarle apenas; veía a sus padres, a los suyos todos, unos más, otros menos, exteriorizando un sentimiento... de dolor acaso?, ante el fúnebre cuadro; veía a sus amigos, los dilectos, los camaradas de parranda y juergas, como consternados, como temerosos, como presa de crueles añoranzas que hondo surco labrasen en sus almas; a los curiosos, que entraban y salían, y salían y entraban, silenciosos no obstante, respetuosos, recatadamente; al bueno del párroco, que, no pudiendo confesarle, le rezaba paces, le encomendaba y le ayudaba... a buen morir. Lo veía todo... Y vió, como corona, a la pía muchacha que, sin que él la recordase (cuál su nombre?), después de pasarle por los labios fresca rosa odorante, le cerró los ojos.....

Muerto!

Y no le era ya posible abrir los ojos ni moverse... Pero oía: oía los sollozos —que entre los suyos no se estilan ataques ni alharacas— que lo aseveraban.

Y para confirmarlo, como si no fuese bastante, sintió que le movían y que le arreglaban y vestían..... Y más tarde —la prueba de las pruebas— que le alzaban en vilo y, despiadadamente, despiadadamente, le apresaban en la caja negra, en la espantosa caja negra....

Y a todo esto, sin moverse, sin hablar palabra, sin que le fuese dado abrir los ojos....

—Acabarán por enterrarme?

Y rezaba, rezaba... pedía a Dios misericordia, pedía su clemencia... pe-

día que le permitiese un movimiento, un signo, una señal reveladora.... Que le diese el habla.... Y nada!

Después sintió calor, calor inmenso, calor que le abrasaba.... Tánta vela, Dios mío, a uno y otro lado! Tal la causa. Si las apagasen, si las apagasen!.... Pero.....

II

Horrorosa la noche! Y la mañana? Dos hombres, dos verdugos, se acercaron armados de martillos y de clavos.... y clavaron la tapa, despiadados! La última esperanza, que se hundía!....

Y comenzó lo nunca visto, lo no oído: no sólo no se ahogaba, que veía.... La sala comenzó a llenarse de curiosos, de amigos, de ciriales y de curas, que discurrían tontamente... Y oía: oía, confundidos, los rezos, las plegarias, las palabras profanas y las frases hueras.... las banales frases de consuelo.... Oía! Oía los vaivenes y los musitares de la gente, mucha gente, que se acercaba ansiosa al féretro para luego esparcirse por la estancia, ganosa de impresiones....

Y, entre tanto, muerto! Sería así la muerte? Pero no: él veía, pensaba, discurría, sentía.... Oh! si pudiese recobrar las fuerzas, el uso de los miembros.... si el Señor se apiadase, qué golpe el que daría sobre aquella caja! Pero.....

Después? Una persona que se acerca, que se llega a la caja: una voz conocida, voz amiga, de hembra que le dedica un sahumero póstumo no hallándole «muy mal».

Luégo? El silencio, el olvido, las tinieblas..... lagunas!

Viene en seguida lo más grave: sintió cuando le «alzaron» y vió cuando lo

hicieron.... Quiénes? Desconocidos....

Y veía el gentío que llegaba, que acudía a su entierro: raro, raro... una que otra persona conocida, gente que nunca asiste a los entierros casi toda....; lo demás, caras extrañas, caras de otras partes, caras nunca vistas por el muerto....

Sintió cuando le entraron en el templo, y vió también el templo. Y oyó que le cantaban salmodias deliciosas con músicas profanas.... Por qué tal aparato y tan insólito?

Después no supo más en mucho rato. Más tarde, el cementerio.... «el sitio en donde finan las locas venidades». Caras amigas, caras conocidas, pero caras de otras partes y ya otras, y pleno el camposanto.... Mas, los curas, los rezos, los ciriales, el turiferario, la otra gente?....

Otros dos hombres, muy fornidos (de dónde? quiénes eran?) sacaban tierra con sus palas: tierra amarilla, tierra arcillosa, tierra negra....

Y le acercaron a la fosa, y «descargaron». Aquel sitio, Dios santo!... Aquel sitio tan lúgubre!... Por qué le irían a enterrar allí? Por qué lo irían a enterrar así?

—Tírenla! qué hubo?—gritó voz cavernosa de hombre odioso. Y tomaron la caja, y se vió suspendido; pero entonces:

—Señores!—pudo hablar.—Señores, estoy vivo!....

El caso que le hicieron....! No oían! No le oían!....

Y gritaba recio.... y lo mismo: no no le oían!... Acaso, acaso sí estaría muerto? Los muertos pensarían? Los muertos hablarían sin que nadie oyese, y sentirían y verían?

—Que la tiren, que la tiren!—repitió el de enantes. Y, como antes en vilo, se sintió arrojado, y se sintió cayendo, cayendo, cayendo... hacia la fosa!....

III

Tal el golpe, tan recio, que dió un salto... en la cama, y arrojó las mantas—

—Dios mío, qué descanso!

ROBERTO MONTOYA

FUGITIVAS

DETALLE

Especial para CYRANO

II

Sumida en éxtasis caricioso, da, en la penumbra bienoliente de su alcoba, los últimos toques al lazo de cinta rosa que habrá de quedar visible apenas bajo la blusa transparente. Y enarca los dedos pueriles en graciosa superposición al corregir, minuciosa, cada plieguecito.

Después, ante la gran luna del espejo cuida hierática, grave, como cumpliendo rito ineludible, de que la cinta, a cada nueva aparición de entre dos aberturas sucesivas del letín blanco y rico, haga una como pompita, hasta llegar al centro del pecho, donde florece el nudo y el descote bajo deja ver el nacimiento de una hondonadita tibia y aromada.

Y mira complacida sus brazos prodigiosos que nacen, redondos y blancos de la curva purísima del hombro que un vello suave, invisible casi, dora; esos brazos que ensayan, caprichosos, una monotonía pulcra y breve, como conscientes que fueran de que han de hacer mejor contraste con el codo fino, en donde empiezan a hacerse más y más delgados, hasta la muñeca que, bajo la leve piel, deja entrever la malla azul de sus mil venas y hace una sutil ondulación, apenas perceptible para llegar cual trabajado engaste a recibir la joya de la mano.

Y sigue, ensimismada, contemplando se....

De repente se lleva presurosa las dos nimiedades de sus manos al pecho túrgido, sin pensar que estruja, irreverente, la fugaz orfebrería de sus lazos. Y con ellas quietas sobre el pecho, se va poniendo roja... Tal un lienzo del Renacimiento.

Es que, por la ventana entreabierta, ha visto cruzar, fugitiva, la cara maliciosa de su primo....

JOSÉ VELILLO

FARINA

A Em. Montoya-Gaviria

Seco, enjuto como una raíz, yérguese el maestro con una locuacidad inacostumbrada; su mano derecha empuña dolorosa los Cantares de San Juan de la Cruz. Por un momento mi espíritu, hecho a las fantasías embusteras, fingió una reminiscencia imposible.

—Maestro—díjele—ha encontrado usted alguna vez el alma, en el camino de sus inspiraciones?

—Siempre. Cuando mi espíritu loco, abrió a mis ojos abismados de adolescencia, percibí en las lejanías del alma el amar ser de un Dios a mi imagen y semejanza; reverberaba como las llamas del hogar; consumía la vil materia humana y en humo de oración ascendía purificado hasta El. Fue la gran revelación: Yo, átomo imperceptible en el movimiento del mundo, sentíme ligado a la fuerza superior, como el átomo al átomo para formar la molécula. Claro, visible, mostrose el dorso del problema universal: movimiento, cantidad, Dios en fin. Y aparecieron mis primeras rimas.

—Y la vida, maestro, qué es la vida?

—Lo que a mí se me está acabando. Es la plenitud de la inteligencia, es el oscuro maridaje del hombre con Dios; escúchame: ¿has sido cazador? ¿has visto el íntimo anhelo de vivir que en las muertas aguas de las pupilas de tu pieza de caza se revela? Pues bien, ese pequeño estupor que fulge en el firmamento diminuto del conejo muerto es el por qué fundamental que busca el hombre desde el momento mismo en que su planta novísima pisó la tierra hasta hoy en que su pie macerado busca, ignorante, el mismo eterno sendero.

Meditando en este pensamiento interrumpido por el hosco dolor de la materia, fuime camino adelante, llevando en-

tre mis emociones la íntima, la definitiva, la trascendental y suprema emoción. La mano enflaquecida del maestro se me tendió y yo, vulgar y oscuro, le dije: ¡hasta mañana!

HOBACIO FRANCO

NOTAS

También en este año tendrán los leprosos su aguinaldo. Y no serán sólo los de Agua de Dios. A Contratación y Caño de Loro irá igualmente la mano amiga, que, junto con el modesto regalo de Navidad, dará a esos seres por siempre desgraciados el saludo sincero y cariñoso de sus hermanos.

Hasta ellos, tristes por su aislamiento, atormentados por incurable mal, habrá de llegar—si no es que una ruda e imperdonable indiferencia viene a cobijar el noble intento—el humanitario mensaje que, más que un efímero placer material, llenará a esas almas, invadidas por la tristeza de lo irremediable, de un íntimo y perdurable goce.

En corazones jóvenes y entusiastas nació la idea; alimentada con amor, dio opimos frutos en su primera jornada; reducida en un principio al pequeño círculo de la ciudad, ensancha ahora su radio de acción haciendo que todos los colombianos participen de ella.

Y habrá de triunfar por lo bella, por lo noble, la labor de la Asociación de Cronistas. No ha menester que se la recomiende.

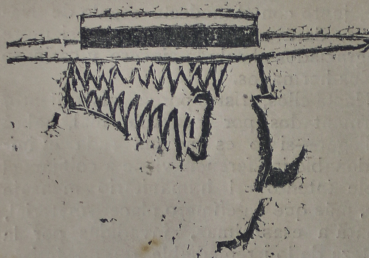
Enviado por su traductor, el señor Jesús Ramón Trujillo, hemos recibido el hermoso drama «Los Hermanos» original del genio sublime y reposado de Goethe.

Si la traducción, por la pureza y armonía de la frase, no es un modelo en su género, significa al menos un esfuerzo de gran valía. Acaso sea ella la primera obra de esta clase que entre nosotros se acomete, lo cual es por sí solo

motivo para que le tributemos nuestro más fervido aplauso. Otras y muy hermosas traducciones han sido hechas aquí, es verdad, de algunos fragmentos de la obra insuperable del ilustre autor alemán, pero ninguna de la extensión de esta.

Para el traductor nuestros más sinceros parabienes y que obtenga un éxito magnífico de edición.

“LOS MISTERES”



D. LUIS ABELLA DE NOUVRAC
Posada.

MALOS OLORES

El mal olor y sudor en los pies, manos axilas (sobacos) & c. se cura de una manera radical e instantánea usando «DEODORONE». Millones de casos han sido curados. Garantizamos el éxito. De venta en las Droguerías. Gruesa de cajitas, libre de porte \$ 30.00 m. l. Docena \$ 3 00

Agente general, Alfredo Barriga Acevedo Edificio Elbers N° 9 Calle de Florián, Bogotá. Los pedidos deben venir acompañados de su valor.

Con el presente número empieza la segunda serie de esta Revista. Rogamos a nuestros suscriptores la cancelación de la ya vencida.

CONDICIONES:

Serie de cuatro números	\$ 0,40
Número suelto	0,10

AVISOS

Una página	\$ 4.00
Media página	2.50
Un cuarto	1.50

Por una serie el 10 por ciento de descuento.

—
Aparece los domingos

—
Administración: Edificio Central,
plaza número 10.

Acaba de llegar a

LA BASTILLA

el mejor surtido de
cigarros

“PUYANA”

En la Escuela Remington aprende
usted a ganarse la vida